

cuando murió algún niño, el último el de la Nica, si es que no me falla la memoria, mordido por víbora, el médico tardó, como siempre, andaba en otro pago, eso dijo, tras el monte, y por mucho que corrió el alazán, y por mucho desboque en la plazoleta, y espantarse las gallinas, ladrar el perrero, y bajar don Tomás hecho un horno, el maletín que se podía firmar con el dedo encima del polvo...

— Ya murió, don Tomás, ya murió... criaturita...

— Ama, ¿qué quiere? —preguntó Rosario.

— Ya le pudimos rajar y chupar...

— Desvarlos —susurró Rosario al oído de Tinín.

— Debí urgarle a la hierba con un palo... antes de beber... criaturita —músitó María Asunción, y luego sonrió en un gesto blando pensando que, en ocasiones, la aldea fue una sola familia como tantas veces recomendó el sacerdote: las puertas bien cerradas, fortalecidas con tablones y arcas, los hombres tras las ventanas con las armas cebadas, carburos y candiles apagados, y Cosme dando ejemplo encaramado en el campanario para hacer sonar el bronce, y sonó como un trueno, se oyeron disparos amortiguados por el eco de la campana, y bendito sea Dios, el único herido fue Cosme, un tiro en el sobaco, pero lo peor fue la caída que le destruyó un brazo, encima el derecho, el derecho sí, y aunque le pusieron remedios y se le taponó el desangre, y después yeso, y cuarenta días más tarde fuera el yeso, pero el brazo quedó como una rama mal podada, fue secándose, empujándose, un palo al final, y la chaqueta siempre por encima del hombro derecho.

“Si me hago cargo de la hacienda mucho habré de trabajar”, pensaba asistiendo a los esfuerzos de Cosme por limpiar el padrón, o viéndole arar la hembra y media.

— Déjame, que yo sé —dijo María Asunción.

— Que me den un tajo y quedar libre —lloró desesperado.

— No llores —le consolaba. Pero él no escuchaba ya aquel susurro emocionado pese a encontrarse cerca, a tiro de piedra, descansando en el contrahecho cementerio que María Asunción miraba con ojos familiares. No podía acercarse hasta la tumba con lápida, pero se contentaba mirando la arrugada pared, antaño blanca, y era como si Cosme anduviera muy cerca segando un brazado de hierbas, sacando unos nabos, como si tardara en llegar.

— No hable, ama.

— ¿Cuántos quedamos? —preguntó ávida.

— Media centena —contestó Rosario de memoria.

— Se muere la aldea. Campos vacíos. El amo decía que todos vivimos del campo —y el estertor la agotó.

— Volverán cuando les llegue la carestía —dijo Rosario sin convencimiento, para preguntar después con un atisbo de ilusión:

— ¿Volverá el cura, volverá la escuela?

— ¿Se marchó el Isaac? —preguntó a su vez María Asunción.

— Se marchó.

— Se lo dije y se lo dije: “No volverás a ver un pájaro, ni un árbol, ni el río. Sólo coches y humos”. El me contestó: “No será tan malo. Todos se van.”

— La luz, ama.

— La luz adecentó las callejas.

— Pero trajó la televisión. La vieron, y se fueron marchando.

María Asunción pidió una ciruela para quitar el amargor. Sobraban todos los ciruelos desvencijados y colmados, los cerezos de copas enrojecidas para banquetes de mirlos y oropéndolas, los eremíticos olivos para hartazgo de estorninos. Y María Asunción habló del hambre que hubo antaño: robos entre familias, Cosme y ella al menos contaron con tres cabras, pero amanecieron muertas, hinchadas, y ante aquella desgracia terrible, ella gritó:

“Tú no nos puedes tratar tan mal. No sé si lo sabes pero los pájaros se sacian, no respetan, se comen los garbanzos, los conejos se sacian, y mis cabras se han muerto.”

Meses después de esta oración compraron una vaca. Luego llegaron más vacas, llegaron los hijos.

— ¿Les diste aviso, Rosario? —jadeó.

— Vien de camino. Y el cura.

El sol descendía ensangrentado el poniente. En la maleza el grillo y la chicharra cantaban su monotonía. La noche cayó lenta, y María Asunción comenzó a sollozar. Súbitamente se hizo una luz tan blanca como ella nunca vio. Su desvencijado cuerpo se enderezó, recobrando la agilidad la parte derecha paralizada. Aquella carne vieja y aquellos huesos chirriantes se libraron de la gravedad, y ella ascendía sobrevolando las plateadas copas de los olivos, los rojizos cerezos, el mordido campanario. Y, a vista de pájaro, contempló algo tan bello que ella temía se transformase en una pesadilla fea: una aldea blanca, limpia, que no se estiraba raquítica en sus desesperadas ansias de beberse el riachuelo desangrado. Una aldea redonda alrededor de la plaza con fuente, la escuela, la algarabía de niños. Pero, como globo que se incendia, experimentó una loca caída, ser aspirada por un brutal vacío que le nació en el pecho, y caer vertiginosamente con la boca estrangulada por la axfisia.

Rosario, espantada, cerró los ojos glaucos, vacunos, y apretó un pañuelo para unir las mandíbulas. Después le venció la soledad y la noche. Perdió la cabeza. Gritaba por las callejas pensando que Manzano y Tinín estarían al llegar. Pensó en subir al torreón para golpear la campana. Gritó y gritó hasta la extenuación y el sollozo. Nadie acudía. El medio centenar de vecinos había sido su última mentira piadosa.

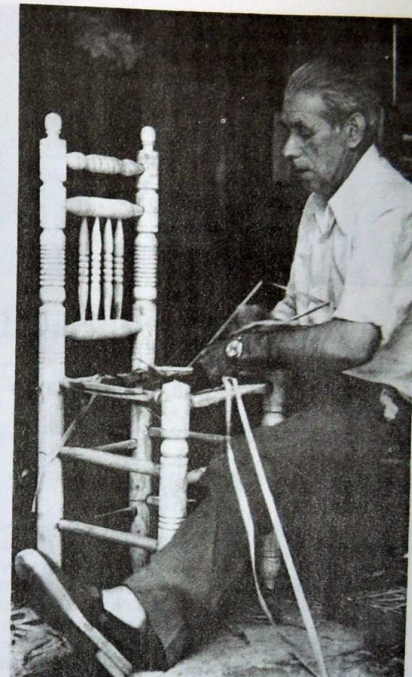
Victor Chamorro

fotografiando

ANGEL HERNANDEZ, extremeño, nacido en un pequeño pueblo de la Alta Extremadura: Gata. Cursó estudios de Magisterio en Cáceres y en la actualidad ejerce como profesor de E.G.B. en Londres.

La fotografía es su principal afición, el instrumento del que se sirve para expresar la chispa artística que, en algún momento, en todo ser humano se enciende.

Realizó estudios de fotografía en la escuela del C.E.I. (Centro de Estudios de la Imagen) —Madrid— adquiriendo en ella el dominio de las distintas técnicas de la cámara que, mezcladas en su imaginación artística, dan como resultado esta variedad de fotografías donde la estética se consigue plasmando en el negativo temas insignificantes o imágenes complicadas por medio del manejo de la máquina fotográfica.



AHORA es la HORA
de INVERTIR en EXTREMADURA
GRAN AREA DE
EXPANSION INDUSTRIAL